

El sentido de la ética en el pensamiento griego

Ha sido siempre un problema de constantes discusiones, la ética de los filósofos y pensadores de la antigua Grecia. Infinidad de páginas se han escrito sobre tema tan arduo; pero la mayoría de ellas no sólo, no explican el verdadero alcance de la cuestión, sino que en la generalidad de los casos confunden lamentablemente el criterio de los lectores, y como sucede en los tratados de estética y de arte, abundan en expresiones confusas e incongruentes, en pensamientos oscuros y muchas veces en citas inventadas al azar y sin ningún origen cierto. Ante tanta vaguedad e imprecisión, el temor de incurrir en constantes errores, intimida siempre al que pretende penetrar al fondo del problema, para dar a conocer los frutos de su investigación.

Si nos remontamos a los más antiguos filósofos griegos, encontraremos que en todos ellos, está siempre latente en mayor o menor escala, la eterna cuestión de la ética humana. Y no sólo en los propiamente llamados filósofos, sino también en poetas de la magnitud de Homero y de Esquilo, de Eurípides y Hesiodo y hasta en los poetas gnómicos y órficos, el investigador encontrará, expresadas ya, con evidente claridad, las ideas de culpa, de premio y de castigo; lo cual nos pone de presente que todos ellos admitieron desde un principio, la responsabilidad humana y la existencia de una conciencia moral en cada hombre. Prueba auténtica de la afirmación anterior son los estudios de Hirzel, de Mondolfo, de Bill y de Glotz, quienes refiriéndose a las ideas y al pensamiento griego, están de acuerdo en afirmar, que los pensadores presocráticos, aceptaron en su totalidad, el principio ético de la responsabilidad humana, como punto de partida para su concepción moral.

Posteriormente, en filósofos materialistas como era la mayoría de los sofistas, y de la misma manera en los pitagóricos y también en Glauco de Regio, Demócrito y Epicarmo, es fácil observar que en todas sus obras llegan, desde el punto de vista ético, a las mismas conclusiones ya anteriormente citadas, diferenciándose entre sí únicamente, por usar en ocasiones una terminología distinta; pero conducente siempre hacia un mismo fin. Aún más, todos estos pensadores, con apariencias literarias distintas, reconocieron igualmente la justificada supremacía de los bienes espirituales, sobre los falsos bienes materiales. Lo anterior nos permite deducir con certeza, hasta qué punto fue maravilloso en la antigüedad, el desarrollo de la ética, entre los pensadores de la inmortal patria de las artes, las letras y la filosofía.

Uno de los primeros problemas éticos que se presentan en el pensamiento griego es, sin duda alguna, el originado por las divergencias filosóficas, entre los conceptos de lo natural, permanente e invariable (*physis*) y de lo artificial, temporal y mutable (*thesei*). Alrededor de estos dos conceptos, surge lo que más tarde se llamará el iluminismo griego, juntamente con las más diversas teorías jurídicas sobre leyes, instituciones políticas y reformas sociales, con las que se ocuparon filósofos de tan diversas tendencias como Lycophrón, Kalikles, Hipodamos, Polo Jenofonte y Anaxágoras, quienes en sus concepciones éticas llegaron a un relativismo casi absoluto.

Sócrates inicia en la filosofía griega un período de inigualable esplendor y marca con sublimidad de genio, una nueva y floreciente etapa, en el pensamiento de aquel gran pueblo. Su ética es imposible conocerla, sin haber antes profundizado en los rasgos más salientes de su vida ejemplar, porque uno de los más altos méritos del gran pensador, radica precisamente en el sacrificio admirable que se impuso, al vivir siempre de acuerdo con sus principios sin escatimar los dolores que la práctica de aquella norma trajera consigo. De aquí que la ética domine en todos los momentos de su vida y sea también su más constante preocupación filosófica y su mejor enseñanza para la humanidad.

Siempre que se ha estudiado la filosofía de Sócrates, desvinculada de su vida, se ha llegado a conceptos profundamente erróneos cuando no a estudios incompletos e insatisfactorios. Su religiosidad, su misticismo, su pureza espiritual, no pueden

desligarse en manera alguna de sus principios filosóficos, porque entonces se destruiría la cohesión y grandeza de su sistema. Su poder de síntesis es excepcional; toma todas las doctrinas del iluminismo griego. todas las teorías filosóficas de los siglos anteriores, las reúne y mezcla a su antojo y después de un largo proceso de purificación, les da vida, profundidad y perfección con sus propias ideas éticas y su gran espíritu didáctico. Ningún otro filósofo se había ocupado con tanta intensidad de las nociones de deber, religión, justicia, sabiduría, virtud y felicidad. Los pitagóricos y los eléatas ejercen en su ética una influencia decisiva, y basado en ellos, nos señala la purificación espiritual, el examen riguroso de nuestros actos y el conocimiento de nuestra conciencia, como elementos indispensables para llegar al dominio de la verdad. Para Sócrates el bien o el mal es sencillamente el resultado de la sabiduría o de la ignorancia de las cosas, el dominio de un yo inteligente, superior y sabio o de un yo ignorante e intemperante. Quien incurre en el mal lo hace involuntariamente; su ignorancia lo ha llevado a aquel estado. Por consiguiente según Sócrates, la voluntad no interviene en el mal. Todo aquel que sepa lo que es bueno debe hacerlo y de la misma manera, el sabio debe ser bueno. Sólo puede ser feliz y virtuoso el sabio, o sea quien hace el bien y procura su perfeccionamiento interior. Y en esta forma llegó Sócrates a su famosa equiparación entre virtud, sabiduría y felicidad interior. Posteriormente identificó también el concepto de lo bueno (agathón), con lo meramente útil (oofelimón) y llegó a una concepción relativista del bien. Aunque Sócrates incurre a veces en errores tan fundamentales como los anteriores, es necesario reconocer en él, méritos tan sobresalientes, como su tendencia inquebrantable hacia la perfección, su vida singularmente pura, su constante afán en la búsqueda de lo bueno, y su alta espiritualidad, los cuales explican ampliamente la gran influencia de su ética, en todas las doctrinas filosóficas siguientes.

La ética de Platón está notablemente influenciada, por el concepto socrático de virtud, al cual da el gran poeta filósofo, con su elegancia peculiar de estilo y su maravillosa inspiración poética, una forma nueva e interesante, con marcadas tendencias metafísicas. Haciendo alusión a la equiparación socrática entre virtud y ciencia, Platón nos enseña que esta ciencia debe

consistir en el conocimiento mismo del ser. Con extraña magnificencia de forma y gran profundidad metafísica, Platón nos expone su célebre teoría sobre las ideas, que unida más tarde al principio psicológico que concebía en el alma, una parte racional para las ideas y otra para los apetitos y sensaciones materiales, habría de jugar un papel importantísimo en el posterior desarrollo de su moral. En efecto fue así. y como consecuencia de su concepción del alma, nació una ética idealista, negativa y en algunos aspectos completamente utópica; pero siempre de admirable sinceridad y extraordinaria pureza. El perfeccionamiento del género humano, el alejamiento de los placeres y diversiones mundanas y la severa educación moral que Platón proclama, son doctrinas que asombraron en su época y que en la actualidad son estudiadas con profunda atención por las más diversas clases de hombres.

Con perfecta lógica y análisis preciso, Aristóteles trata de concretar las diferentes tendencias éticas, para llegar a conclusiones exactas por medio de la razón. Ensayó hacer girar todo el problema alrededor de las acciones volitivas, cuando sostiene que la virtud varía de acuerdo con el dominio que se tenga sobre la voluntad. En la ética aristotélica encontramos por doquiera una lógica inflexible; pero esta lógica exenta de metafísica, conduce a extremos inaceptables. De aquí que la ética aristotélica no sólo sea exageradamente individualista, sino también flexible y acomodaticia. Aristóteles rompe en parte la tradición griega y extiende su ética más allá de la sabiduría y de la felicidad interior, no limitándose ya al perfeccionamiento puramente intelectual sino también al material.

Influenciado por la ética socrática, Antístenes formula una concepción perfectamente cínica de la virtud, la que considera como el bien único y supremo; pero siempre unida a un ideal utilitario. Cuando Antístenes considera la virtud como el único bien que proporciona felicidad al hombre, pretende al mismo tiempo que esta virtud se encierre dentro de un cinismo absoluto. Proclama que únicamente se puede ser virtuoso cuando se renuncia a las necesidades sociales y a los adelantos de la cultura; cuando tanto el premio como el castigo, las letras como el arte, las ciencias como las costumbres, sean al hombre completamente indiferentes e innecesarias. Tales teorías degeneraron



en un naturalismo extravagante y artificial que con mucha razón ha justificado el nombre de cínica, con que se designó la escuela que difundió tales doctrinas.

Aristipo, Theodoro y Hegesias, principales exponentes de las doctrinas hedonistas que elevaron el placer a la categoría de máxima virtud, llegaron en su ética a conclusiones antagónicas con las doctrinas de los cínicos. Las pretensiones hedonistas, tratan de hacer radicar la felicidad y la virtud, en la saciedad de los placeres materiales, desprecian la religión y la moral como cosas vulgares e inútiles y miran indiferentemente todo sentimiento patriótico y altruista. Cuanto más intensos y desmedidos sean los placeres, tanto mayor será el grado de felicidad y cuanto más sabio sea el hombre más refinados serán sus goces. Todo hombre debe ser egoísta en sus placeres y disfrutar de ellos sin ningún prejuicio moral. Finalmente ensayan explicar que toda clase de sentimientos por variados que sean, tienen su origen en funciones completamente corporales.

La ética de Epicuro presenta en muchos aspectos una gran semejanza con la de Demócrito. Ambos filósofos proclaman una felicidad que puede encontrarse bien en la templanza, bien en la moderación de los placeres, bien en la tranquilidad espiritual. Demócrito es ante todo quien abre y prepara el camino, para que más tarde Epicuro intente, aunque sin lograrlo, la transformación espiritual de las justamente criticadas doctrinas hedonistas. Aunque Epicuro intenta en ocasiones, escapar de la influencia del utilitarismo, la mayoría de sus doctrinas y concepciones morales, como la de la amistad, la del bien y la de la justicia, tienen también mucho de espiritualidad y de verdad. La manera como Epicuro concibe la ley y la justicia es bastante curiosa. La utilidad y las diversas condiciones del medio ambiente, juntamente con el imperativo de una defensa individual, dan nacimiento a la justicia. La ley es la norma que trata de evitar las injusticias y que debe ser aplicada únicamente para la masa del pueblo y no para aquellos que por su moderación, méritos y ciencia, han adquirido el calificativo de sabios. Finalmente enseña Epicuro que todos los hombres deben tener un juez espiritual o modelo superior que les sirva siempre de norma de conducta, que los guíe por el camino de la verdad y que los restrinja en su pasiones.

Samuel Syro